

cuya memorias registran también la sorpresa y la ambivalencia –si nada más que eso– que la transición produce entre los habitantes de la región anexada por los Estados Unidos, dice:

La guerra entre los Mejjicanos y los Norte Americanos, desde 1846 hasta 1848, produjo la venta de la Alta Califa, mi patria natal, á los últimos, y héteme aquí que «de grado o por fuerza» quedé, como la mayoría de mis compatriotas, como ¡Norte Americano! [sic. ]<sup>10</sup>.

Junto con el cambio geopolítico se empieza a acentuar también una consecuente transformación ideológica en esos seres que paulatinamente empiezan a percibir y a asimilar con mayor claridad, paradójicamente, su nueva circunstancia política y cultural; o sea, su antes ya intuida otredad y, por supuesto, la creciente conciencia de su diferencia, no sólo frente a los angloamericanos sino también ante los mexicanos del lado sur del Río Bravo<sup>11</sup>. El crítico chicano Juan Rodríguez ha señalado pues, con sobrada razón, que ese momento coyuntural y esos cambios son fundamentales para la comprensión correcta y cabal del asunto:

Históricamente, si los anglo-americanos no hubieran llegado a esta área [al Suroeste], hoy probablemente seríamos un estado [o varios estados más] de México.

[...]

Ya no podemos decir que la literatura chicana empezó en 1959 con [la novela] *Pocho*. Tampoco se puede decir, a mi parecer, que empieza con los libros del *Chilam Balam*, o con Cabeza de Vaca. Creo que hay mucho por hacer en cuanto a la historia literaria [chicana], siempre prestándole atención a esa contextualidad básica o especificidad de referencia que alude a la presencia de los anglo-norteamericanos<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Las páginas incompletas de sus memorias se conservan en la colección de la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley. Otros escritos de Vallejo (poemas y cartas, principalmente), incluido el documento facsímil de donde he recogido yo esta cita, se encuentran en la Biblioteca Huntington, en San Marino, California. La poesía de Vallejo es un buen ejemplo de esa literatura que ha permanecido oculta bajo el polvo de los archivos hasta hoy día.

<sup>11</sup> Luis Leal, en su Periodización de la literatura chicana, dice que «los aztlanenses, ya para esos años [1821-1848] se sentían diferentes de los mexicanos y se designaban a sí mismos como texanos, californios, o nuevomexicanos» (p. 46). Esto queda corroborado en la cita de Vallejo que hemos introducido más arriba cuando el autor se refiere a California como «mi patria natal», a los otros californios como «mis compatriotas», en un nosotros implícito, y a «los Mejjicanos», por tanto, como ellos.

<sup>12</sup> Declaraciones hechas en el programa sobre literatura chicana producido por Rosalinda Fregoso, como parte de la serie «The Mexican-American Experience», para la estación de radio de la Universidad de Texas en Austin. La traducción de estas citas al castellano es mía (lo

La historia de esa «contextualidad», de ese curso de eventos, como ya he mencionado, se distingue por una aguda y progresiva desigualdad social cuya dinámica ha marginado siempre a la mayoría de los chicanos relegándolos a lo que es de hecho una ciudadanía de segunda categoría. Refiriéndose a los mexicanos que habitaban el Suroeste en 1848, el folclorista chicano Américo Paredes ha dicho:

Estos fueron los primeros méxico-americanos –la mayoría de ellos muy en contra de su voluntad–. Ellos se vieron involucrados de pronto en una larga lucha contra los norteamericanos y su cultura. Las diferencias culturales se agravaron a causa del oportunismo de muchos aventureros norteamericanos que, dado su apetito por obtener riquezas, desde el principio empezaron a tratar a los nuevos ciudadanos como a un pueblo conquistado (9).

Esta postura de confrontación, según proponen Paredes y Rodríguez, entre otros, le imprimió a la emergente cultura chicana un distintivo perfil de conflicto y resistencia desde un principio.

## II. Identidad y resistencia en la autobiografía chicana

Por varios motivos, la mayoría de los cuales tienen que ver con convenciones o necesidades pragmáticas, es común hacer referencia a *la* cultura chicana, o a *una* cultura chicana. Aun más, en tanto que los chicanos, como grupo particular, ocupan una condición de minoría dentro de esa totalidad conflictiva que llamamos los EE.UU., la cultura chicana es a veces percibida, casi exclusivamente, como una cultura marginal y por ende –es decir, en virtud de su posicionalidad frente a una cultura angloamericana dominante– como una cultura intrínsecamente progresista y hasta «revolucionaria».

Ya en otras oportunidades y en más de una ocasión, intentando aclarar este problema, he alegado yo que la cultura chicana no debe entenderse

*mismo vale para las demás citas de este trabajo cuya fuente quede indicada con un título en inglés). En su artículo Notes on the Evolution of Chicano Prose Fiction Rodríguez dice también: «Fue en esa coyuntura histórica cuando la expresión literaria de la gente mexicana que vivía en los territorios conquistados abandonó el curso de lo que pudo haberse desarrollado en una variante regional de literatura mexicana, una variedad nortea, y se transformó –al menos en principio– en una literatura de resistencia contra el imperialismo cultural anglo. Las raíces de la literatura chicana, por consiguiente, se encuentran en la literatura mexicana publicada hacia la mitad del siglo diecinueve en lo que era entonces el Norte de México pero que ahora es el Suroeste americano» (67-68).*

como una entidad monolítica sino que, por el contrario, una formulación correcta del fenómeno debe entender que la cultura chicana, como cualquiera otra «cultura nacional» (a falta de un mejor término) encarna no una sino al menos dos visiones del mundo distintas y dos culturas de clase a veces antagónicas<sup>13</sup>.

El carácter transformacional de una cultura y de una identidad chicanas, la compleja y problemática utilización de la «cultura» como arma de resistencia contra la dominación política y la agresión socioeconómica angloamericanas, y la dialéctica de las expresiones ideológicas encerradas en tales procesos, se pueden percibir con claridad, creo yo, al examinar con detenimiento un artefacto cultural específico que es, como ya anuncié al principio, la «autobiografía» chicana.

Yo concuerdo con Genaro Padilla y otros críticos respecto a que la génesis histórica y social de una actividad «autobiográfica» chicana debe situarse diacrónicamente hacia la mitad del siglo XIX, cuando, como ya se ha dicho, los EE.UU. de Norteamérica, por medio de una verdadera guerra de agresión, se apropió de los territorios que en aquella época constituían aproximadamente la mitad norte del territorio nacional de la entonces recién nacida República Mexicana.

Dicho con más precisión, si el Tratado de Guadalupe Hidalgo vino a ponerle término a la guerra en 1848, y a fungir como el cambio de título de propiedad de las tierras en cuestión, los orígenes del conflicto (y es fácil suponer que también los orígenes de la transformación de la conciencia colectiva de la población local de las mismas y por ende la semilla de un impulso autobiográfico chicano, como tal –es decir, como producto del mismo contacto con los angloamericanos–) data de antes; o sea de alrededor de 1820-21, cuando los primeros colonos angloamericanos empezaron a hacer su arribo a Texas y a otras partes de los territorios fronterizos y a establecer así una interacción por demás compleja con los habitantes locales.

El hecho es que los eventos que se desdoblaron desde 1821, la guerra misma –la cual en un plano diferente fue solamente la expresión concentrada del conflicto político y económico que existía–, y la política perseguida por el nuevo gobierno después de la guerra, acarrearón una serie de transformaciones, primero lentas y luego vertiginosas en todos los órdenes (político, social, psicológico, cultural y lingüístico) las cuales hicieron un impacto drástico entre la población local.

<sup>13</sup> Véase mi trabajo «La 'teoría de las dos culturas' y la literatura chicana».

Según han verificado ampliamente ya los historiadores, después de la guerra la «americanización» de los territorios de la frontera (la cual se planteaba antes, entre 1821 y 1836, como proyecto social y como la meta final de la expansión entonces en potencia) se pone ya concretamente en práctica a través del robo literal de terrenos y de otras maniobras «legales» y patentemente extralegales.

Como parte integral de la doctrina del *Destino Manifiesto*, la guerra contra México fue una guerra de expansión, un proyecto de agresión imperialista que necesitaba, no obstante, una justificación ideológica. Después de todo, igual que había ocurrido tres siglos antes a lo largo de la mayor parte del continente, el nuevo mundo «civilizado» se lanzaba otra vez a expandir esa «civilización» por territorios aún no explorados o así lo querían hacer parecer los apóstoles del proyecto, según se trasluce, por ejemplo, en las copiosas referencias que en esa época se hacían a Texas y al resto de los territorios fronterizos como «la barbarie», según nos informa el historiador Arnoldo de León.

Mi objetivo, el único y singular deseo de mis ambiciones desde que vi Texas por primera vez, fue redimirla de la barbarie poblarla con gente inteligente, honorable y empriendedora [sic] (3)<sup>14</sup>.

Esto lo escribía Stephen Austin en una carta del 23 de julio de 1831. Unos años más tarde, ya ante la inminente «independencia» de Texas, las ideas de Austin en cuanto a la política a seguir se hacen aún más claras. Como ha dicho también Arnoldo de León: «Para Austin, la redención podía obtenerse sólo por medio de ‘blanquear’ Texas» (3). En otra carta, fechada el 21 de agosto de 1835, el mismo Austin dice:

... que Texas debía ser efectivamente y por completo americanizada, o sea ocupada por una población que armonice con sus vecinos del Este en cuanto a lengua, principios políticos, orígenes comunes, simpatías y aun intereses [...] durante catorce años he luchado cuesta arriba por ello, pero nada doblegará mi valor o disminuirá mis esfuerzos para alcanzar la principal meta de mi labor –americanizar Texas– (3).

Bajo tales condiciones, como bien ha propuesto Genaro Padilla, los mexicanos conquistados se vieron de pronto obligados a adoptar ciertas estrate-

<sup>14</sup> Esta cita de Austin, y la que viene a continuación, aparecen reproducidas en el libro de Arnoldo de León, *The Called Them Greasers. Las traducciones son mías; la errata que incluimos en la primera cita reproduce aproximadamente el error ortográfico («interprising») presente en el texto original de Austin.*